

003104

M.2.111 31.02.
C 419

**REFLEXIONES EN TORNO A LOS PROGRAMAS DE ATENCIÓN A LA
VIOLENCIA INTRAFAMILIAR: PREGUNTAS DE INVESTIGACIÓN
DESDE LA EXPERIENCIA DEL TRABAJO CON
HOMBRES QUE SE RECONOCEN VIOLENTOS**

*** Francisco Cervantes I.**

Agradezco la invitación del DIF a este encuentro de experiencias vengo con ánimo de compartir con ustedes una serie reflexiones que han surgido alrededor nuestro trabajo cotidiano con hombres dispuestos a resignificar su masculinidad y parar su violencia.

Pretendiendo ser lo mas productivo y práctico, a la usanza más común del pensamiento masculino, quiero exponer algunas reflexiones en torno a cómo ir repensando algunos planteamientos que expliquen nuestra cultura masculina de violencia-opresión-intolerancia, lo que coloquialmente llamamos machismo, y está íntimamente vinculado con la violencia de los hombres en el hogar.

Deseo compartir una nueva línea de reflexión que hoy quiero revisar con ustedes sobre la violencia masculina que es la intolerancia masculina a nivel individual y social.

La intolerancia es siempre una manera de rechazar al otro, ya sea por lo que es o por lo que representa, Señala D'Alès, "Hay intolerancia cuando ese otro es sentido como un peligro, y por tanto, es preciso dominarlo o eliminarlo".

Atrás de la violencia, esta el abuso de poder y la intolerancia, la cual manifiesta una incapacidad de manejar la diferencia, cuando alguien o algo nos parece sorprendente, incongruente, amenazante por estar disonante con lo que somos o pensamos, la intolerancia actúa dolosamente y juzgamos necesario acabar con aquello que percibimos incongruente con nuestro ser.

Podemos decir que la intolerancia, nace de creencias rígidas, de antivalores, es decir, de formas de injusticia fundadas sobre privilegios arbitrarios, que se ejercen bajo distintos tipos de discriminación u opresión sobre el más débil por el más fuerte, rico-pobre, adulto-niño, hombre-mujer.

1. Violencia intrafamiliar
2. Masculinidad

También se finca en sistemas de opresión fincados sobre una autoridad despótica, que muchas veces se engendran en la pareja, familia, diversas instituciones y la misma sociedad, que pretenden justificar relaciones desiguales, injustas e insoportables.

Practicar la tolerancia, entendida como una convicción o hábito contrario a la intolerancia, facilitaría a nivel público y privado, formas de convivencia más cercanas al diálogo y la negociación.

Por qué entonces, no repensar todo lo que de intolerante tenga nuestra identidad masculina, así como nuestras relaciones intergeneracionales, ello, estimo, ayudaría a parar gran parte de la predisposición masculina a ser violentos o controladores.

En este contexto permítanme compartirles qué hemos planteado por varios años en CORIAC cuando abordamos el problema social de la violencia masculina, vista está desde el abuso de poder que la cultura patriarcal tolera y refuerza.

El privilegio social masculino se manifiesta en diversos grados de expectativas de autoridad que el hombre cree tener sobre la mujer, en toda una cultura que da mayor permisibilidad en derechos y privilegios a los varones y da una subvaloración y tratos limitados a todo aquello que se asocia a lo femenino, todo ello contribuye a opresiones, intolerancias y valores actitudes patriarcales, expresadas en un hombre individual sobre una mujer individual.

En CORIAC hemos señalado cómo nuestras expectativas de autoridad sobre nuestras hijas, hijos y compañeras, gestadas en esta cultura patriarcal, nos ayudan a reconocer, incluso, aquellos imperceptibles y cotidianos actos de violencia intrafamiliar que los hombres comentemos y no reconocemos como tales, como también aquellos actos de agresión hacia otros hombres.

Hasta ahora nos queda más o menos claro que las expectativas de autoridad que cada hombre ejercemos, en forma acrítica o por conveniencia, sobre la compañera, hijas e hijos, marcan un cierto inicio de nuestra violencia, ya que cada expectativa de autoridad se vincula con ciertas expectativas de servicio, por ejemplo; "así soy más inteligente que tú, me tienes que darme la razón" o "si soy el jefe de la casa, a mi no se me critica, ni se me puede obligar a lavar el escusado". Desde esta mirada cada expectativa de autoridad esperaría ser ratificada con servicios y acciones por parte de las compañera o hijos.

Así detrás de cada hecho violento cotidiano está, desde una óptica del manejo del poder masculino en la pareja, el que la compañera no hizo o no cumplió con lo que el hombre esperaba que hiciera o incluso sintiera, él se vive como superior y poderoso frente a ella, aunque casi nunca lo admita y se violenta si su deseo de imponerse sobre ella no se logra, y él entonces deja fluir ese malestar.

Aquí entra a lo que llamamos el Riesgo Fatal, que es el momento de enojo, rabia, inseguridad y dolor que entendemos se da por que vive como retada o en riesgo su autoridad y privilegio masculino, vaya, se enfurece por que no se le dio la razón, no se le obedeció, o no sucedieron las cosas como él quisiera que se dieran.

Si la autoridad que el espera tener no se cumple y ello se demostraría de alguna manera con su molestia e intolerancia a admitir la manera de ser y pensar de su compañera, entonces decimos que entró en Riesgo Fatal y por lo común pasará después por dos procesos voluntarios antes de agredir.

Primero si deja salir su coraje, sea que lo diga o lo piense, pondrá a su compañera en calidad de cosa u objeto, muy probablemente la va a humillar, insultar, en fin, la percibe como menos frente a el mismo, lo que le permitirá ratificarse como superior, así cosificarla le "permite darse el permiso" para agredirla.

Pero además antes de agredir también es común que decida perseguirla, acosarla, buscarle o inventarse algún pretexto, para ello la culpará por todo lo malo que sucede en casa y a él; "porque la casa no está como él desea" o cualesquier pretexto, y si no, ya encontrará cómo inventarse algún, por ejemplo, sabe cómo hacerla enojar, quedándose callado cuando le habla, provocándola para que ella le reclame o grite, y así él consigue el tan ansiado pretexto para ser violento, donde finalmente la agrede y además le sigue echando la culpa por su violencia.

Aunque después, en el mejor de los casos vengan mil promesas "ya voy a ir a terapia", "no va a volver a suceder", o pretenda exponer advertencias o "explicaciones"; "si no me hubieras alzado la voz", "sino me hubieras dicho...", u otros pretextos, "venia con copas", "es que mi infancia..." etcétera, etcétera. En fin, si el hombre violento no cuestiona su intolerancia, autoritarismo y sus actitudes prepotentes, agresivas o irresponsables, no le va a ser posibles dejar de ser violento.

Digamos que cosas más, cosas menos, así sucede buena parte de las escenas cuando somos violentos los hombres dentro de casa, nuestras creencias machistas no están divorciadas de nuestros actos de dominio, aunque nos duela y no sepamos reconocerlo.

En CORIAC tenemos un programa para resignificar la masculinidad, a partir de construir un espacio de autocrítica del abuso del poder que ejercemos cotidianamente los varones, para así repensar la violencia y el conjunto de ideas y valores que nos llevan hacer ser prepotentes de la manera en que a veces nos comportemos cada uno.

Deseamos contrarrestar la violencia masculina reivindicando una cultura del respeto, la equidad y la tolerancia en las relaciones íntimas y públicas entre los géneros. Partimos de que queremos resignificar la desigual valoración social de lo masculino y lo femenino, detectar sexismos, reconocer las diferentes formas de percepción que las mujeres y los hombres tenemos, asumir los diversos tipos y magnitudes de abusos de poder masculino, en fin buscamos cómo ser mas íntimos, afectuosos y nutritivos en nuestras relaciones.

Una gran lección aprendida es que repensarnos como hombres implica una decidida actitud autocrítica, hay sin duda muchas cosas que no sabemos de la masculinidad y ni de la violencia masculina, por tanto hay que empezar a nombrar una realidad que no hemos podido describir, construir nuevos conceptos que nos expliquen esa terrible realidad agobiante, llena de golpes, maltratos, ausencias, suicidios e incluso homicidios que los hombres no hemos sabido o querido superar.

Una relación e incluso una vida sexual satisfactoria es impensable a título individualidad, el reto es cómo lograr relaciones mas satisfactorias. Por tanto importa reconocer aquello que nos lleva a ser autoritarios, gritones, infieles, desatentos, autoritarios y nos aleja de la intimidad y la cercanía con nuestras parejas.

A título personal haría las siguientes preguntas:

No hará falta una educación para la vida centrada en el respeto y la tolerancia, ello como eje fundamental en los sistemas formales e informales de educación, ya que es de interés capital contrarrestar todas las expectativas de superioridad y todas las pretensiones de privilegio.

Por qué no fomentar el gusto y el hábito del respeto al otro u otra, cualquiera que se su preferencia política, religiosa, sexual o ideológica.

No valdría la pena aprender y descubrir lo bueno de las diferencias e individualidades de los demás, reconocer todo lo enriquecedor que puede ser la tolerancia, permitiendo y estimulando así el desarrollo de la confianza en uno mismo, que es el mejor antídoto en contra al miedo que se siente a los otros y a lo diferente.

No sería importante que se reconociera ampliamente el paternaje, es decir, asumir una nueva actitud como padres, dejando atrás el paternalismo, para inventar el paternaje concebido éste como el compromiso afectuoso y cabal de las no siempre fáciles y gratas responsabilidades paternas.

Planteo ¿no hará falta un mayor paternaje individual y social?, qué pasaría si los padres y los funcionarios públicos encargados de implementar las políticas en favor de la familia paternáramos intensamente -no siendo paternalistas-, y un poco me respondo; ¿no lucharíamos más agredidamente por que se cumplieran los programas en favor de la familia, los niños, las niñas y en fin cualesquier los que atiendan a los grupos más vulnerables?.

Que hará falta pues, para que reconozcamos nuestros históricos desaciertos, nos alejemos de la violencia, el abuso de poder, la intolerancia y nos aboquemos más al respeto y la negociación justa y equitativa en este mundo tan plural y diverso.

*Francisco Cervantes Islas Director del Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias A. C. CORIAC